



La primera vez pensó que era un descuido. Tal vez al pagar el desayuno le dieron mal el cambio, o se le cayó un billete al sacar el dinero. La segunda vez se dijo que no podía ser un descuido. Repasó los gastos que había tenido desde que la mañana anterior sacase dinero del cajero automático. No cuadraban las cuentas, faltaban veinte euros. La tercera vez pensó en un robo en la oficina. Solía dejar el bolso colgado del respaldo de la silla cuando iba al baño, o mientras estaba reunida en otro despacho. No era difícil que alguien se acercara y aprovechando su ausencia metiese la mano, sacase la cartera y tomase un billete, con la precaución de no llevarse todo el dinero, calculando la cantidad para que no se notase la ausencia de lo sustraído. No tenía motivos para sospechar de nadie, aunque había compañeros que apenas conocía, la movilidad laboral era alta, la gente duraba poco en aquella empresa, lo que añadía el desapego y resentimiento necesarios para que alguien



decidiese robar en su lugar de trabajo. Pero hoy, ya la cuarta vez, Sara tiene la seguridad de que no ha sido en la oficina donde le han quitado el dinero que echa de menos. No ha pisado el despacho en todo el día, dedicada a llevar papeles a varias direcciones, desplazamientos que le han hecho perder la mañana. Tampoco cabe pensar en la acción de un carterista en el metro: la reincidencia lo descarta, y no es verosímil un ladrón que extraiga la cartera, tome solo un billete de poco valor, y la devuelva a su lugar. Solo pueden haberle quitado el dinero en su propia casa.

Está esa chica que viene a limpiar un par de veces a la semana. Intenta recordar en qué fechas han sido los robos anteriores, y parecen coincidir con los días en que la muchacha está en casa. Es muy joven, marroquí, se llama Naima. Nada más sabe de ella. Trabaja en otros pisos en el mismo bloque, se la recomendaron varios de sus empleadores. Es rápida, limpia y callada, le dijo una vecina. Sin contrato, cobra por horas y no tiene llave propia. Viene por las tardes, cuando Carlos o ella están en casa, aunque a menudo la dejan sola, o al cuidado de Pablo. En efecto, trabaja deprisa y apenas abre la boca, solo para preguntar si la señora

prefiere que limpie primero el dormitorio o la cocina, y para pedir permiso cuando necesita ir al baño o beber un vaso de agua. Es muy educada y habla en voz baja, y aunque Sara la tutea y le pide que la llame por su nombre, insiste en dirigirse a ella como «la señora», en tercera persona.

Ante la sospecha, Sara hace algunas comprobaciones antes de que llegue la muchacha. Revisa los cajones del dormitorio y descubre varias ausencias que habían pasado desapercibidas: un par de pulseras que solo se pone en las celebraciones, unos cuantos pendientes y un colgante sin valor. Piensa que tal vez puedan estar guardados en otros sitios, pero al buscarlos nota otras faltas, siempre joyas, todas de poco valor. Sigue rastreando el resto de la casa y localiza más agujeros que hasta hoy no había advertido: películas cuya desaparición apenas se nota en la abultada videoteca, discos, detalles de adorno, y un par de botellas de licor del mueble bar, restos de la última cesta navideña de su empresa.

No cree necesitar más evidencias, pero prefiere asegurarse con una última comprobación. Toma el bolso, saca la cartera, cuenta el dinero que lleva encima, se guarda un par de billetes

en el bolsillo, deja el resto en la cartera y la coloca sobre la cómoda del dormitorio, visible. En seguida llega la muchacha, que saluda educadamente y se mete en el cuarto de baño para vestirse la bata y las zapatillas. Cuando asoma, Sara ya tiene el abrigo puesto. Le dice que tiene que salir y que tardará un rato en volver, y la deja sola en el piso. Pasa casi dos horas fuera. Camina hasta un centro comercial cercano, hace una pequeña compra para justificar su ausencia y después se sienta en una cafetería. Toma un par de cafés, fuma cuatro o cinco cigarrillos, ojea un periódico gratuito. Cuando cree que ha dado tiempo suficiente para que la chica se sienta segura y olvide las precauciones, vuelve a casa.

Al llegar se encuentra con que Naima ya se ha marchado, un poco antes de lo habitual. Carlos está preparando la cena, y Pablo hace los deberes escolares. Sara entra a su dormitorio y encuentra la cartera en el mismo sitio donde la dejó. La examina sin tocarla. La ve en la misma posición, o tal vez ligeramente girada hacia la derecha, no está segura. No la abre todavía. Prefiere esperar a cenar y acostar a Pablo, como si así lo protegiera del delito. Demora cuanto puede el momento de la com-

probación. Después de cenar, con Pablo ya en la cama, Carlos y ella ven una película hasta que se aburren lo suficiente y deciden irse a dormir. Se desviste, se lava los dientes, y solo cuando Carlos está ya acostado y ha apagado la luz de su mesilla, decide coger la cartera y abrirla. Cuenta los billetes. Había dejado dos de veinte euros y tres de diez. Ahora falta un billete de diez euros. Hace la comprobación de forma apresurada, para no dar explicaciones a Carlos si la ve contar dinero a esas horas. Pero decide que no podrá dormir si no está segura del todo, así que saca los billetes de la cartera, los separa con cuidado, los cuenta bien, desliza los dedos por cada uno por si se han quedado pegados. Ahora no hay duda, falta uno. Reconoce la cautela de la ladrona, que se lleva un billete pequeño y abundante, para que la falta no se note. Diez euros. Piensa en cuánto tiempo puede llevar robándole. Hace tres meses que la muchacha trabaja con ellos, así que hace un cálculo rápido multiplicando semanas por billetes de cinco o diez euros, de vez en cuando alguno de veinte.

Se mete en la cama. Carlos ya dormita, pero como ella tarda en apagar la luz, se gira y le pregunta si le pasa algo. Ella le cuenta todo.



Se lo relata desde el principio, sin anticipar el final, como dosificando la intriga. Le habla de las sospechas iniciales, de las pequeñas sustracciones, de los objetos desaparecidos, que va enumerando en el mismo orden en que ella los identificó. Le cuenta la trampa preparada esa misma tarde, y la comprobación que acaba de realizar. Podía haberle dicho directamente: oye, esa chica, Naima, nos está robando. Pero prefiere contárselo todo como ella lo ha vivido. Espera así que él mismo adelante el veredicto, que proponga la conclusión esperable, para sentirse confirmada en su sospecha, y hasta aliviada de no ser ella la acusadora. Sin embargo, Carlos escucha en silencio y cuando ella termina no dice nada. Espera unos segundos, como si no diese por finalizada la historia y faltase un último capítulo. Y qué piensas, pregunta por fin. Qué pienso, repite Sara, y añade: tú qué crees, para mí está muy claro. Pero él permanece callado. Tiene que ser ella quien emita el fallo, y también la que, al día siguiente, ejecute la sentencia.

